

## Presentación

Este libro reúne las voces y las miradas de catorce mujeres que desde el sur de Latinoamérica dan cuerpo a nueve trabajos que buscan contornear el mapa heterogéneo y mestizo que constituyen los vínculos entre comunicación, cultura y géneros en la actualidad. Se trata de un conjunto de investigaciones diversas que trazan las coordenadas de este cruce disciplinar, para dar cuenta de la multiplicidad de aproximaciones y miradas agitadas por una exploración en las penumbras, así como por el urgente posicionamiento contra la ilusión de la claridad y de la transparencia.

Este propósito es también el que quisimos ilustrar a partir de la inscripción, en clave feminista, de aquella idea que acuñara Jesús Martín Barbero (1987), hace casi cuatro décadas, para caracterizar el tipo de herramientas necesario para dar cuenta de la complejidad y espesura de los productos y prácticas comunicacionales/culturales. En ese sentido, este libro alienta la construcción de ese «mapa nocturno» que nos permita abordar no sólo las prácticas, narrativas y experiencias culturales/comunicacionales que se desarrollan en/desde los márgenes —aquellas que son deliberadamente invisibilizadas o que buscan los intersticios para poder existir— sino también que nos posibilite observar más allá de lo que la vista logra alcanzar.

El mapa nocturno feminista es aquel que —aun a tientas— contribuye a agudizar la mirada, a focalizar el objetivo, a imagi-

nar constelaciones de sentido que no son obvias, ni evidentes, ni están necesariamente ya descritas en cartografías previas. Aquel que proponemos en este libro reúne orientaciones que trazan un camino posible para recorrer los temas, problemas, perspectivas y metodologías de la investigación en Latinoamérica hoy. No es el único existente, pero sí uno posible, construido al calor de nuestros diálogos y nuestras redes. Redes a partir de las cuales urdimos la trama que hizo posible esta compilación.

Quienes escribimos en este volumen nos hemos encontrado antes. Hemos conversado, nos hemos leído. Formamos parte de una red, una pequeña parte de una enorme y amorosa red de colegas, que sostiene cotidianamente los espacios de investigación y enseñanza que pudimos construir en los intersticios de nuestras instituciones, las cuales —aun habiendo conquistado un importante grado de consolidación— muchas veces lateralizan la necesidad de espacios curriculares específicos para nuestros saberes.

Aunque localizadas al sur del continente, pertenecemos a territorios, acentos, climas y culturas diversas, pero nos encontramos y mezclamos en la tradición insumisa de los feminismos nuestros americanos. Pues quienes escribimos en este volumen nos reconocemos también en nuestras luchas; hemos compartido las calles aún desde localizaciones dispersas en el mapa regional porque nuestro territorio es el de la agenda feminista.

Los trabajos que aquí se presentan están organizados en cuatro zonas o áreas temáticas: Activismos comunicacionales feministas; Perspectivas metodológicas en la intersección entre comunicación, cultura y géneros; Viejos y nuevos modelos: representaciones sobre cuidados y, Mujeres en Latinoamérica: cuerpos, textos y territorios.

Los tres primeros capítulos se desarrollan en pos de dar cuerpo a una reflexión sobre el primer eje o zonas temática establecida: el de los activismos comunicacionales feministas. Tal es el caso del texto de Graciela Natansohn (Brasil), «Tecnoactivismos feministas y perspectiva interseccional en América Latina». El mismo se pre-

gunta acerca de las reelaboraciones por parte del tecnoactivismo feminista regional (también reconocido como ciberfeminismo, tecnofeminismo o hackfeminismo) ante las formas automatizadas de ver-entender-producir el mundo, llevadas adelante por la llamada inteligencia artificial. Con el propósito de tensionar el concepto de interseccionalidad, en sus problemas y ventajas, la autora busca exponer un mapeo que sugiere que hay, en varios países del continente, sensibilidad tecnopolítica para cuestionar el carácter intrínsecamente androcéntrico, eurocentrado y racista de las tecnologías digitales. Se considera que el aporte de los feminismos del sur a los debates hacktivistas se hace presente en lo que la autora llama las tecnologías interseccionales: aplicaciones contra violencias digitales misógino-racistas, instalación de redes libres, dispositivos analíticos del racismo algorítmico, de la lesbosfobia y lgtbfobia algorítmica.

Por su parte, el capítulo «Itinerarios feministas en la comunicación: entre la calle, las redacciones y las aulas», de Eva Rodríguez Agüero y Natalia Encinas (Argentina), también dentro de esta zona temática, hilvana, desde una mirada genealógica, una serie de propuestas e intervenciones comunicacionales feministas producidas en Argentina, en pos de colaborar en el proceso de democratización de los discursos públicos. A partir de la construcción de una periodización de distintos «momentos» de la relación entre activismo feminista y comunicación durante los últimos quince años, se focaliza en las diversas estrategias comunicacionales —así como en sus logros, aportes y desafíos— producidos en diálogo con los fluctuantes contextos socio-históricos.

También bajo estas coordenadas investigativas, María Laura Schaufler (Argentina) presenta un trabajo —«Discusiones del feminismo y debate por el aborto legal en la prensa digital femenina»—, que versa sobre el abordaje mediático de los debates en torno la ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en Argentina, a partir de una lectura analítica de la revista *Marie Claire*, en su versión web. A través de este medio de comunicación destinado al público

femenino, la autora analiza cómo en sus notas periodísticas los discursos feministas se trenzan con otros de tono más conservador, para luego interrogarse sobre los límites y posibilidades de la denominada prensa femenina, en cuanto a la incorporación de demandas en materia de equidad y autonomía sobre los deseos y los cuerpos de las mujeres.

En la segunda zona, dedicada a la problematización de las perspectivas metodológicas en la intersección entre comunicación, cultura y géneros, se ubica el capítulo de Carolina Justo von Lurzer (Argentina), «*Barbie* aguafiestas. Controversias sobre feminismo y comunicación desde el corazón de Hollywood», recurre al fenómeno del estreno del *film Barbie* en 2023 como una excusa para presentar algunas coordenadas de la crítica cultural feminista. La autora se propone observar en este *film* —en tanto que objeto catalizador de la conversación social— un conjunto de tensiones de los estudios feministas de la comunicación y de la coyuntura contemporánea. El trabajo de Yanet Martínez Toledo y Luisa Ochoa Chaves (Costa Rica) —«Narrativas feministas de la comunicación: pensando abordajes metodológicos desde el diálogo y la construcción colectiva»— se inscribe en los estudios de narrativas comunicacionales desde la perspectiva feminista e interseccional. Allí las autoras realizan una reflexión, a partir de su propia experiencia en el campo de investigación de las violencias digitales, simbólicas y mediáticas, que tienen como objeto a las mujeres migrantes. Se presentan pistas metodológicas para investigar acerca de las narrativas feministas en comunicación a través de la articulación entre tres conceptos: agencia narrativa, interseccionalidad y conocimientos situados.

Un tercer núcleo temático —con especial auge a partir de la pandemia del covid-19— es el de la perspectiva que incorpora los estudios sobre el trabajo de cuidados, que encuentra también en el campo de los estudios en comunicación interesantes cruces. Tal es el caso del trabajo de Laura Wottrich y Milena Freire de Oliveira-Cruz (Brasil). El mismo lleva por título: «El papel de la

investigación en mi vida es casi un matrimonio», y aborda los vínculos entre género y productivismo científico, en Brasil, desde la mirada de las propias investigadoras. A partir de trabajar con becarias de investigación en Comunicación, las autoras buscan comprender el proceso de segregación vertical de las mujeres en sus carreras científicas. Segregación a la que se caracteriza como «laberinto de cristal», en alusión a que lo más problemático para las mujeres —no es solo ascender en el campo científico— sino sustentar la permanencia en él, en un contexto en el cual, producto de la presencia de mecanismos estructurales de discriminación en razón de género, deviene en un camino sinuoso. Es en este sentido, que se plantea una crítica a la concepción contemporánea productivista, androcéntrica y meritocrática de la ciencia, enfocada en el desempeño y la competencia. Ante lo cual las autoras oponen una ética feminista y de reivindicación de lo colectivo. En la misma dirección se estructura la investigación de Mariángeles Camusso y Florencia Rovetto (Argentina), titulada: «¿Sueñan los algoritmos con cuidadoras eléctricas?», donde las autoras reflexionan acerca de las representaciones iconográficas contemporáneas referidas a trabajos de cuidado, durante la pandemia. El texto busca dar cuenta de cómo esta noción se instaló en el vocabulario cotidiano, pero también en la discursividad política, para albergar un amplio repertorio de representaciones visuales sobre los estereotipos de género y sexualidades. Se focaliza en la disputa de sentidos en la cual confrontan las narrativas feministas —que oscilan entre narrativas contrahegemónicas e institucionalizadas— con la emergencia de discursividades neoconservadoras y tecnofilias de cuño neoliberal. La investigación indaga acerca de estas representaciones visuales en tanto que algo «irrepresentable» por fuera de los cánones, y arriesga que éstas constituyen un punto ciego para las narrativas feministas.

En cuanto a la cuarta zona temática delimitada, nos encontramos con dos trabajos que giran en torno a las articulaciones entre territorios, cuerpos y narrativas de mujeres. El capítulo «Acción

comunicativa: hilo común de lideresas latinoamericanas» de Angélica Pacheco Díaz (Chile), recupera y analiza la narrativa de la vida cotidiana de tres mujeres latinoamericanas con un enfoque sistémico en la comprensión de la comunicación como telón de fondo de toda actividad humana y que las conecta, sin que se conozcan, en un hilo común: la eficacia de su comunicación. Pone de relieve características comunes de mujeres resilientes que mediante el lenguaje logran un proceso de autocuidado y lo comparten como red colaborativa con otras mujeres de sus territorios, recuperando un espacio público y político en simetría como urdimbre latinoamericana. En el caso de «Interculturalidad y cuerpo: aproximaciones teóricas y bases metodológicas para un estudio con mujeres en México», de Cynthia Pech Salvador y Marta Rizo García (México), el texto se centra en pensar la relevancia que el cuerpo tiene en los procesos de comunicación intercultural y establecer algunas ideas-eje metodológicas para estudiar los «itinerarios corporales» de mujeres jóvenes en un ámbito universitario de la Ciudad de México desde una perspectiva feminista.

Finalmente, resulta relevante señalar que varios de los trabajos abordaron —abierta o lateralmente— el tema de la preocupación por los desafíos que nos imponen las coyunturas cambiantes en nuestros países ante la amenaza que significa el avance de las derechas en la región. Un escenario que presenta más incertidumbre que certezas pero que, sin dudas, demanda ser narrado al calor de los acontecimientos.

**Carolina Justo von Luzer**  
**Eva Rodríguez Agüero**  
(Invierno del sur, 2024)

PARTE I

**ACTIVISMOS COMUNICACIONALES  
FEMINISTAS**

## Capítulo 1

# Tecnoactivismos feministas en perspectiva interseccional en América latina

Graciela Natansohn  
(Brasil)

### 1. Introducción

Aunque los principales antecedentes teóricos del abordaje socio-político con la etiqueta interseccional se registran en países como EE. UU., desde el sur global se fueron construyendo argumentaciones por parte de los feminismos post, anti, des y decoloniales con el propósito de incorporar al análisis nuevas sujetas que han estado silenciadas y/o excluidas del feminismo hegemónico, sea por omisión (por ceguera epistémica) o por acción (por falta de identificación de algunos grupos de mujeres y disidencias con este feminismo). Desde estas periferias del poder-saber, esos feminismos denuncian el carácter eurocéntrico, etnocéntrico y universalizador del sujeto del feminismo hegemónico (la mujer o las mujeres) y de la forma en que éste reproduce la colonialidad. Entonces, nos preguntamos cómo resuena y cómo se reelaboran, en el tecnoactivismo feminista de la región latinoamericana (reconocidos como ciberfeminismos, tecnofeminismos o hackfeminismos), el entendimiento, las prácticas y las propuestas sobre las formas automatizadas de ver-entender-producir el mundo llevadas adelante por la llamada inteligencia artificial.

El aporte que los feminismos del sur ofrecen a los debates hacktivistas que intentan resistir y disputar con el poder tecnológico se observa en la creación de lo que podemos denominar —provisoriamente— de tecnologías interseccionales: aplicaciones contra violencias digitales misógino-racistas, instalación de redes libres, dispositivos analíticos del racismo algorítmico (Silva, 2020), de la lesbotransfobia y lgtbfobia algorítmica (Ziller, *et alii*, 2019), del racismo de los buscadores y bancos de imágenes (Carrera e Carvalho, 2020), y de las propuestas de ciencia de datos e inteligencia artificial con enfoque feminista (Ricaurte, 2022; D'Ignazio, 2024; Derechos Digitales/FAIR 2023; Danesi, Maharbiz, 2023; Ricaurte y Zasso, 2022), entre otras.

El propósito de este texto es, primero, tensionar el concepto de interseccionalidad, ver sus problemas y ventajas. Luego, vamos a exponer un mapeo que sugiere que hay, en varios países del continente, sensibilidad tecnopolítica para cuestionar el carácter intrínsecamente androcéntrico, eurocentrado y racista de las tecnologías digitales.

## **2. La interseccionalidad y sus tensiones**

La interculturalidad, el clasismo y el racismo estructurante de América Latina no son fenómenos irrelevantes cuando analizamos de que forma el histórico patriarcado se va manifestando y transformando frente a las presiones de los movimientos feministas y de mujeres y los movimientos sociales. Sin embargo, en general, los movimientos sociales y de derechos humanos y los feminismos no siempre han sabido percibir los marcadores raciales y de clase que co-determinan las condiciones de las opresiones. Hay una dificultad en integrar al análisis los diferentes determinantes estructurales que constituyen lo social, por eso, recuperamos la perspectiva de la interseccionalidad para observar el activismo tecnológico que venimos investigando, a la vez que cuestionamos sus posibilidades y límites.

El concepto de interseccionalidad fue acuñado en 1989 por la abogada afroestadounidense Kimberlé Crenshaw (2002), en el marco de una causa legal en relación a trabajadoras negras de General Motors. Con esta noción, Crenshaw esperaba destacar ante una corte de justicia blanca y liberal, el hecho de que en Estados Unidos las mujeres negras estaban expuestas a violencias y discriminaciones por razones tanto de raza como de género y, sobre todo, buscaba crear categorías jurídicas concretas para enfrentar discriminaciones en múltiples y variados niveles, que permitiesen reconocer el hecho de que las leyes en torno a la violencia hacia las mujeres impedían ver la violencia hacia las mujeres negras, así como las leyes antirracistas de entonces impedían ver lo específico del racismo contra las mujeres y solo pensaban en el hombre negro. La metáfora que Crenshaw usa es la del cruce de las autopistas por donde circulan diferentes opresiones, provocando, en cierto momento, un entrecruzamiento de diferencias. Los análisis interseccionales ponen de manifiesto dos asuntos para el feminismo: en primer lugar, la multiplicidad de las experiencias de opresión vividas por distintas mujeres, y en segundo lugar, la existencia de posiciones sociales que no padecen ni la marginación ni la discriminación, porque encarnan la norma misma, como la masculinidad, la heteronormatividad o la blanquitud (Vigoya, 2016). El feminismo negro apuntó tempranamente la imposibilidad de separar las opresiones raciales, sexuales y clasistas de las experiencias de las mujeres racializadas (tal como el Combahee River Collective, de 1974 a 1980). Patricia Hill Collins, intelectual afroestadounidense, ha sido fundamental para entender los vínculos entre el racismo y el heterosexismo; para explicar cómo la sexualidad opera en el racismo y cómo la raza, en el heterosexismo (Collins y Bilge, 2021).

Si bien los principales antecedentes teóricos del abordaje con la etiqueta interseccional se registran en países como EE. UU. desde el sur global se fueron construyendo argumentaciones por parte de los feminismos post, anti, des, decoloniales, indígenas y

comunitarios, con el propósito de incorporar al análisis nuevos sujetos que han estado silenciados y excluidos en el feminismo hegemónico y que, desde las periferias del poder-saber, apuntan a denunciar el carácter eurocéntrico, etnocéntrico y universalizante del sujeto del feminismo hegemónico (la mujer blanca) y de la forma en que este reproduce la colonialidad. Porque:

El género siempre está condicionado por la colonialidad y la estructuración racial del mundo. (...) El reto que nos plantea la interseccionalidad implica el abandono progresivo de la mirada categorial y sumativa, por una más alquimista en donde el orden de género siempre está racializado y mediado geopolíticamente. (Espinosa Miñoso, 2020, *online*).

Las formas del tejido patriarcal son múltiples y siempre se relacionan con la colonialidad, esto es, con la racialización, la hetero-cis-sexualidad dominante, la generización impuesta. Lo que el feminismo universal ve es solo el género y lo que no ve es la situacionalidad compleja de las sujetas a la opresión y explotación, de ahí que el concepto de territorio y cuerpo-territorio, por ejemplo, sea central en los enfoques feministas indígenas, porque:

Este cuerpo todos días toma agua, todos los días respira, toma aire. Y ¿qué está pasando con el bosque?, ¿qué está pasando con las montañas?, ¿con las fuentes de agua? Para nosotras la sostenibilidad política de los feminismos, de cualquier feminismo, tendría que traer la dimensión de lo personal puesto como político, pero también de la relación con la tierra. Y de ahí que hemos acuñado que lo comunal es político, porque la fuerza de la comunal te va a traer a la tierra (...) Todas las formas de extractivismo contra la tierra, la hidroeléctricas, el monocultivo extendido, son formas de machismo contra la tierra. (Cabnal, 2022, *online*).

No es difícil comprender cómo, desde este punto de vista, las relaciones capitalistas de explotación y opresión forman parte del imbricado social que la interseccionalidad visibiliza. Es preciso

entender cómo operan las categorías de género y las categorías de la diferencia sexual al interior de las culturas étnicas locales. Y, además, qué estrategias ponen en funcionamiento los colectivos de mujeres racializadas para evitar que el supremacismo blanco revictimice a sus compañeros hombres racializados, en nombre del feminismo. El antipunitivismo y el abolicionismo penal son dos movimientos que remarcan claramente el carácter racial de las políticas represoras de los estados y contrasta, muchas veces, con el punitivismo de los feminismos. En palabras de Yuderkys Espinosa Miñoso, ante delitos de género:

La justicia feminista pedirá más cárceles, mayor control policial y penas más altas contra violadores, maltratadores, asesinos, traficantes, etcétera. Cuando se trata de delitos menores el nivel de ensañamiento no será menor, aunque se tramite a través del escarnio y la persecución pública. Para la justicia feminista todos los varones son igualmente sospechosos no importa su origen racial-étnico, su condición social, su procedencia. Si ya se ha aceptado que las mujeres no son una, esto parece no afectar el tratamiento de los varones de la especie. Todos recibirán el mismo tratamiento... al menos en teoría. Porque debemos recordar que las caras más visibles y representativas de estos machos, maltratadores, violadores, asesinos, narcos... en su gran mayoría son varones racializados. (Espinosa Miñoso, 2020, *online*).

Lo que un enfoque interseccional ayudaría a entender en relación a la violencia de género, por ejemplo, son los procesos constitutivos de las subjetividades masculinas violentas. El aporte de Rita Segato es interesante. Ella llama de «pedagogías de la crueldad» (Segato, 2018) a las prácticas que normalizan la violencia machista, que enseñan, habitúan y programan a las masculinidades para transformar a vida en cosas y entrenan para la insensibilidad y la falta de empatía. Esa cosificación es funcional al patriarcado pero, fundamentalmente, al capitalismo que convierte todo en mercaderías; o sea, hay una imbricación

analítica entre las relaciones capitalistas, mercantilizadas y las relaciones de género.

En cada contexto geopolítico el concepto ha tenido un uso específico, pero lo que se ha asumido es que las jerarquías de género, raza y clase y sus articulaciones no son universales. Lélia González lo afirmaba hace 30 años: «para nosotras, *amefricanas* del Brasil y de otros países de la región, así como para las amerindias, la concientización de la opresión ocurre, antes de cualquier forma, por lo racial» (González, 2020: 47). Por su parte, para Ochy Curiel (2013), Yuderkys Espinosa (2007) y Breny Mendoza (2010), teóricas del lesbianismo, la heterosexualidad obligatoria ha sido señalada como la institución que tiene efectos fundamentales en la dependencia de las mujeres como clase social, en la identidad y ciudadanía nacional y en el relato del mestizaje como mito fundador de los relatos nacionales (Vigoya, 2016). El mito de «crisol de razas» (blancas, aunque nunca se explicita la blanquitud) en Argentina y la democracia racial del Brasil sirven de ejemplos del lugar de la familia nuclear blanca heterosexual en la formación nacional. El Museo de la Inmigración creado por la Universidad de Tres de Febrero (UNTREF), en Argentina, es otro ejemplo, en donde las palabras inmigración e inmigrante están asociadas a europeos/as que, como reza el arraigado imaginario social, «vinieron de los barcos». Hay mínimas menciones, en ese museo, a la población negra y a los y las inmigrantes de las Américas. De hecho, en el caso de Argentina, la inmigración proveniente de los países limítrofes, o las migraciones internas por parte de regiones del norte del país son indeseadas (a diferencia de la migraciones europeas, anheladas y estimuladas por el imaginario liberal de los políticos argentinos del siglo XIX). En todo caso, son admitidas en la medida en que se vuelven mano de obra barata, precarizada y semi-esclava: en el caso de las mujeres, el empleo en casas de familia y talleres textiles en condiciones de hacinamiento, por ejemplo. Más allá de los movimientos poblacionales a lo largo de la historia (generalmente motivados por el hambre, la guerra, la

violencia, la exclusión), existe una negación de la identidad indígena, cimarrona y negra en América Latina, que en los últimos años está siendo denunciada por la acción de grupos activista afrodescendientes o por los movimientos de reivindicación indigenista en diferentes regiones.

### **3. De los límites de la interseccionalidad**

No se puede negar que hubo una apropiación del concepto de interseccionalidad que, por un lado, ha servido para discutir que no solo el género marca las experiencias humanas (como ya lo habían expresado tantas otras antes) y ha conseguido institucionalizarse en políticas públicas de algunos estados y en organismos internacionales. Se ha legitimado políticamente que negras, discapacitados/as, indígenas hagan sus reivindicaciones y luchen contra las diversas brechas (lo que no significa, necesariamente, que obtengan algún triunfo). Por otro, la palabra asume que las «autopistas» —en palabras de Krenshaw— por donde pasan las opresiones diferentes andan separadas, estas son autónomas y se encuentran en algún punto. Políticamente, esa idea alimenta la fragmentación, con consecuencias políticas y teóricas. Primero, porque políticamente las diferencias/opresiones no son autónomas, operan todas juntas. Segundo, porque ellas fueron construidas desde una epistemología moderna-colonial, la que se instaura en la Conquista de América, la que instituyó cuerpos y territorios racial, sexual, económica, culturalmente diferentes e inferiores.

La fragmentación política, el hecho de que los movimientos sociales sean sectoriales (de mujeres negras, de indígenas, etc.) es una consecuencia política de la lógica liberal moderna que, incluso, es incorporada por las izquierdas que, históricamente, solo han venido visualizando la clase social y, por eso, esas reivindicaciones parciales o identitarias toman tanta fuerza. El abordaje interseccional crítico debía preguntarse quien creó las diferencias, cómo éstas fueron y son construidas. Reconocer las diferencias no es suficiente, pues estas son la encarnación de la

opresión, hecha carne. La lógica de la diversidad y de la inclusión en el proyecto colonial estatal responde a este proyecto moderno. La interseccionalidad, entonces, para algunos/as tendría límites para una política de liberación, pues podría ser la coartada para la fragmentación que reivindique la diferencia, la identidad, la tribu, aunque tácticamente pueda servir políticamente como parte de la lucha. Curiel (2017), por ejemplo, argumenta que la interseccionalidad no debía ser una propuesta para la lucha política pues viene convirtiéndose en un instrumento del multiculturalismo liberal que no va a resolver los problemas estructurales del capitalismo moderno neoliberal. La inclusión de mujeres no es suficiente para desestructurar el proyecto político del capital, ni la inclusión de negros y negras, de indígenas, de pobres, etc., sin una articulación política que entienda como la colonialidad ha constituido sujetas políticas multidimensionadamente oprimidas. Esto significa abandonar los obstáculos epistemológicos que establecen jerarquías de opresión a priori, lo que ya era señalado por las feministas negras décadas atrás. En 1977 el colectivo Río Combahee—donde estaban, entre otras, Audre Lorde—, ya hablaba de opresiones múltiples y simultáneas, como mencionamos antes. A finales de los 80 las feministas afrolatinas y afrocaribeñas ya hablaban de la interconexión entre las experiencias de sexo, género, raza y clase, de variables co-dependientes, de experiencias de opresión interconectadas, desde este continente. Tal vez por ser de cierta forma coadyuvante al modo liberal de entender la multiculturalidad (como una sumatoria de características) el concepto de interseccionalidad viene teniendo tanto éxito, particularmente ante la falta de una teoría crítica del poder que lo acompañe (Curiel, 2017). En este sentido, la sororidad, por ejemplo, concepto central del feminismo occidental, es severamente cuestionada por las mujeres racializadas. En Brasil, el feminismo negro sustituyó el concepto de sororidad por el de *dororidade* (imposible de traducir literalmente, substituye el prefijo sor—hermandad— por *dor-*, dolor, en portugués), esto es, lo común es el dolor. Identidad Marrón, un agrupamiento